

DIEGO LEONARDO ARIAS

19 de junio de 1976

Diego, luciendo el uniforme diseñado por el General José de San Martín, dobló en la esquina de Progreso y Trieste. Doña Teresa, su mamá, lo esperaba en la puerta de su casa. Se emocionó al verlo llegar, sus vecinas Ángela y Alicia, con ojos de temprana adolescencia miraban desde la vereda de enfrente al esbelto granadero. Ese año el ritual de la llegada, en cada franco del soldado, conmocionaba al barrio. Concluido el Servicio Militar Obligatorio y con su diploma de técnico egresado de la Escuela del Astillero, ingresó al sector de refrigeración de barcos. Por las tardes al volver de la fábrica, mientras su mamá regaba las plantas, él cortaba el pasto. Al llegar la primavera, el parque se llenaba de flores y en el verano, una hilera de alambres sostenía una parra. Él, que era muy alto, estiraba la mano y acomodaba los zarzos sin subirse a una silla.

Diego era perrero, crio un cachorro al que le enseñó a decir algo parecido a “mamá” y el perro parecía que de verdad lo intentaba. *“Me acuerdo como si fuera hoy, una tardecita de verano, vivía en diagonal a la casa de mis abuelos, estaba sentado con sus padres a la sombra, me llamó y me preguntó si quería que el perro hablara. Después de jugar un rato lo hizo “hablar”, no sé si fue sugestión o qué, pero yo juro que ¡lo escuché!”*, cuenta Ángela Gentile, con la melancolía que trae el recuerdo y que solo puede dar el afecto.

Ana Tevés, oriunda de Punta Alta, desde los 14 años vivía en Berisso. El día que Diego la conoció utilizó todos los recursos posibles para conquistarla. Sabedor de su pinta y que aparentaba ser más grande, le preguntó la edad y como al descuido, él se agregó más años de los que en realidad tenía. Tiempo después, en los preparativos del casamiento, Doña Teresa sin conocer lo sucedido reveló en un descuido la edad de su hijo. Ana, con las ganas que solo motivaba el amor, se rio. Ese 14 de julio de 1972, mientras los familiares esperaban en el Registro Civil la llegada de los novios, se conoció la noticia: en una operación secreta digna

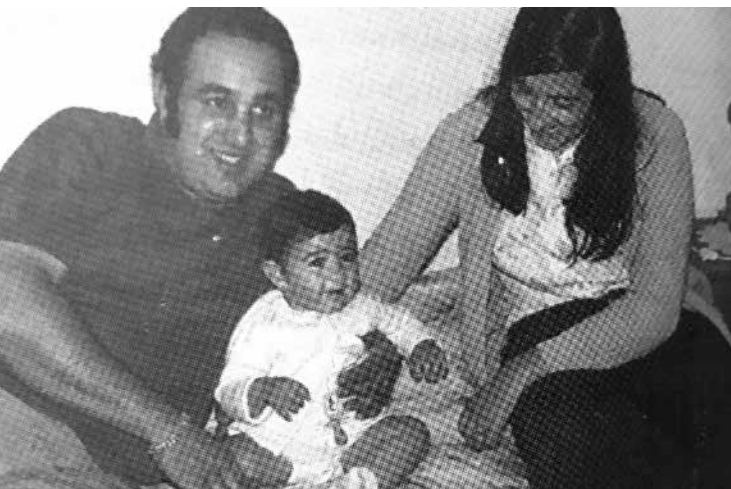
de espías, el cantante Raphael y la periodista Natalia Figueroa, hija del marqués de Santo Floro, contraían matrimonio en Venecia. *El Niño*, como le decían al artista, había incurrido en dichos similares a los del novio berissense, aumentando su edad para conquistar a su prometida. “*Mirá que había días para casarse y justo nos tocó a nosotros*”, comentó por lo bajo Ana a su flamante marido, cuando escuchó lo del otro casamiento, que sería motivo de conversación y bromas durante todo el festejo.

La vida familiar empezó de la mejor manera. A los pocos meses Ana dio la noticia del embarazo, y él desbordaba de emoción. Jugaron con los nombres y decidieron que si era mujer se llamaría Verónica. No podía pedir más: sería padre, iba a la Academia de artes plásticas de Osvaldo Tanzola, escribía poemas que guardaba celosamente, y en el Astillero para las elecciones de delegados del 73, fue parte de la Agrupación Celeste enrolada con la JTP (Juventud Trabajadora Peronista), que jugó un papel importante en la vida gremial de la fábrica.

A un año de la muerte del General Perón, el gobierno de Isabelita acabó con cualquier vestigio del proyecto peronista. A comienzos de junio de 1975, el Ministro de Economía Celestino Rodrigo aplicó un plan de ajuste que incluyó una devaluación del peso del 150%, un incremento en el precio de los combustibles del 180%, un aumento en las tarifas de los servicios públicos del 120%, y en un año en que la inflación llegaría al 770%, una suba salarial de sólo el 46%. Las medidas fueron rechazadas por los trabajadores que pasaron por encima de la burocracia sindical e impulsaron un plan de lucha y resistencia en todo el país. Los reclamos para recomponer el salario que realizaban las agrupaciones combativas en el Astillero, se acoplaron a un movimiento de protesta más amplio, que conformó en nuestra región “la Coordinadora” de gremios, comisiones internas y delegados en lucha de La Plata, Berisso y Ensenada, integrada por Propulsora Siderúrgica, Frigorífico Swift, Petroquímica General Mosconi, SIAP, KAISER entre otros. En una asamblea multitudinaria realizada el 3 de julio de 1975 en la Plaza Belgrano de Ensenada, exigiendo un aumento salarial y la defensa de los puestos de trabajo, Mario *el Mono* Peláez delegado de Astillero, presentó la moción para marchar en forma conjunta a La Plata. La moción fue apoyada por el *Gaucho* Garín, de la comisión interna de Propulsora Siderúrgica. Aprobada la propuesta, más de 10.000 obreros comenzaron a caminar hasta la sede de la CGT platense donde fueron reprimidos salvajemente por la Policía bonaerense. A pesar de los gases, los perros y los palos repartidos, no pudieron impedir que la historia argentina recordara al “Rodrigazo” como un tsunami económico que sacudió al país y precipitó una brutal crisis política que culminó con la renuncia de José López Rega y el ministro de economía.

En los meses posteriores, los efectos de la crisis política y económica se profundizaron, la madrugada del 22 de agosto del 75 al cumplirse el tercer aniversario de la masacre de Trelew, el “Pelotón Montonero de combate Arturo Lewinger”¹ puso una bomba en la sala de máquinas de la Fragata Santísima Trinidad, que estaba siendo alistada en el dique seco del Astillero. La explosión dañó parte del casco produciendo el hundimiento parcial de la nave. En un comunicado posterior los Montoneros dijeron que la fragata era parte de un fabuloso negociado de 350 millones de dólares entre la Marina gorila y el imperialismo

1 Alberto Lewinger fue uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, guerrilla de orientación marxista. Cuando éstas se fusionan con Montoneros el 12 octubre de 1973, pasó a integrar el Consejo Nacional de la nueva organización, además de conducir la Regional Córdoba, con el grado de Oficial Superior. Luego dirigió la Regional La Plata que incluía todo el sur de la provincia de Buenos Aires. El 25 de mayo de 1975 atacó una comisaría de Mar del Plata para intentar liberar a los militantes Eduardo Soares y Julia Giganti, perdiendo la vida en esa acción.



Hallazgo de cinco cadáveres

No fue posible confirmar en esferas policiales un anuncio de fuentes extraoficiales, según las cuales en la madrugada del sábado fueron hallados, en el camino que une a Villa Elisa con Punta Lara, los cadáveres de cinco hombres que pertenecerían al personal de los astilleros de Río Santiago.

Tres de las víctimas, según las mismas fuentes, habrían sido identificados como Luciano Sander, afincado en Mitre 643; Juan C. Arriola, 25 de Mayo 16, y José E. Cardinali, Liber-

inglés usurpador de nuestra soberanía en las islas Malvinas. No hubo que lamentar víctimas pero las consecuencias del atentado fueron el incremento de la presencia militar, de los servicios de inteligencia y una mayor persecución a los trabajadores, que ya no pudieron realizar asambleas en su lugar de trabajo y debieron ser organizadas en Casa de Cultura o en la sede de Bomberos Voluntarios de Ensenada. Por su contextura robusta Diego, en esos lugares cumplía tareas de seguridad, enfrentándose en más de una oportunidad con los “infiltrados que iban a romper la asamblea”.

En noviembre de 1975 una gran redada policial provocó la detención de numerosos delegados en las fábricas de la zona. Del Astillero fueron secuestrados integrantes de la agrupación Celeste: Ángel de Charras de la sección de montaje, Silvio Marotte de la sección maniobras, Alcides Méndez Paz, técnico, Mario Mono Peláez, Ana María Nieves delegada del personal administrativo de la dirección del Astillero, y Alberto Ramallo. Testimonios de trabajadores liberados mencionaron la presencia en el lugar de detención, del jefe de seguridad del Astillero, capitán de Corbeta Jorge Raúl Bigliardi que, junto al jefe de personal Osvaldo Enrique Schiller, constituían el ala más dura en la dirección de la empresa, siendo de los pocos que continuarían luego del golpe.

La Agrupación Celeste denunciaba los despidos, el vaciamiento del Astillero vía contratación de empresas para realizar tareas que ellos podían hacer, los casos de corrupción que involucraban al personal jerárquico y el silencio cómplice del gremio. La respuesta de la patronal y la burocracia no tardó en llegar. Dentro de la fábrica se incrementaron las acciones intimidatorias y persecución que se complementaba puertas afuera con el accionar de la CNU y la Triple A, secuestrando y asesinando delegados de base y referentes políticos de la región. El 21 de marzo el diario *El Día* publicó una solicitada del directorio de AFNE anunciando “*el cierre temporal del ARS en virtud de actos de indisciplina laboral y como medida para preservar la seguridad interna del establecimiento*”. Consumado el golpe militar, el 30 de marzo el Astillero reabrió sus puertas montando un impresionante operativo militar organizado por el jefe de seguridad. Se formó una larga cola que llegaba hasta la Plaza Belgrano en pleno centro de Ensenada. A medida que llegaban a la puerta de entrada,



personal militar con una lista esperaba a los trabajadores. En ese lugar fueron secuestrados y detenidos varios de ellos. En simultáneo se remitieron 434 telegramas, comunicando los despidos por aplicación del Decreto/Ley 21.206, una de las primeras medidas dictadas por la Junta Militar para dejar cesantes sin causa, sin sumario y sin indemnización a cualquier empleado del Estado que *“se sospeche o se encuentre vinculado a actividades de carácter subversivo o disociador o que las fomente”*. Héctor Tito García y Diego Arias recibieron esa tarde la notificación. La normativa se complementaba con el Decreto/Ley 21.274 de “prescindibilidad”, que autorizaba sin fundamento a despedir empleados “por razones de servicio”. De esta manera se inició un achique en la administración pública, estimándose que 300.000 trabajadores fueron alcanzados por estos decretos en todo el país. Se expulsó laboralmente a quienes representaban una real o potencial oposición al proyecto dictatorial y a la vez se contribuyó a la reducción del empleo estatal, un elemento central del programa económico implementado por el ministro José Alfredo Martínez de Hoz. Bisnieto de José Toribio Martínez de Hoz, uno de los fundadores de la Sociedad Rural, que recibió 2.500.000 hectáreas luego de apoyar la “Campaña del desierto”, eufemismo utilizado para esconder el genocidio contra los pueblos originarios en nuestro territorio.

Desde que se quedó sin trabajo, Diego se dedicó a reparar heladeras o realizar algunos trabajos de chapa y pintura en el taller que tenía en su casa. El 2 de junio nació Silvina, su segunda hija. Adoraba a su familia pero también estaba preocupado por lo que ocurría con sus compañeros. La tarde previa a su secuestro, caminó los 50 metros que separaban el “Ital Club” de su casa. Su amigo José Salum recuerda perfectamente aquel día en que llegó con su hijita Verónica, lo notó preocupado y lo escuchó decirle *“Turco, nos vamos a tener que ir, mirá lo que pasó con el Mono Peláez, con Pedrito Gutzos, los del sindicato están entregando listas negras a la Marina”*.

En la madrugada del 18 de junio del 76 fue secuestrado. Una de las personas que lo había visto la tarde previa fue su vecina y también madrina de su hija menor Silvina. Mimi, para los conocidos, lo cruzó esa tarde fría de otoño y Diego alcanzó a decirle *“está fresco para chomba”*. Horas después desde su ventana vio que se cruzaron dos autos que iluminaron la

casa de Arias. Bajaron cinco hombres encapuchados excepto el que daba órdenes, estaban armados con ametralladoras, rompieron la puerta y entraron. Golpearon a Don Francisco e intentaron llevarlo, confundiéndolo con su hijo. Una vez que dieron con Diego, éste se vistió con su mejor ropa, en el living pidió despedirse de su familia, a lo que no accedieron, lo metieron en el baúl de uno de los autos mientras gritaban *“hijo de puta, la vas a pagar”*. En el operativo actuaron conjuntamente fuerzas de la Policía bonaerense y de la Marina. Ese mismo día fueron secuestrados otros cinco trabajadores del Astillero: Luciano Sanders, que había sido secretario general de ATE Ensenada, que en ese momento militaba en la Lista Gris; Héctor García de la lista Celeste, que residía en el Barrio Obrero; Juan Carlos Arriola delegado gremial de la lista Azul y Blanca; José Edgardo *Coco* Cardinale militante de la lista Gris, y Juan Becker, el único de los seis que sobrevivió.

La familia denunció el hecho en la Comisaría 1ª de Berisso, presentaron un Hábeas Corpus que fue rechazado. Vivieron horas de angustia y desesperación. El viernes 19 de junio avisaron de la Comisaría 2ª de Punta Lara el hallazgo del cuerpo de Diego sin vida, junto a Héctor *Tito* García, Luciano Sanders, Juan Carlos Arriola y José Edgardo *Coco* Cardinale en la Ruta Provincial N°19, conocida como el “Camino Negro” que une Villa Elisa con Punta Lara. Los cuerpos estaban con los brazos atados con alambre por la espalda y apilados uno sobre otro.

Por el testimonio de Juan Becker se supo que los trasladaron en unos Ford Falcon blancos, los tuvieron atados de pies y manos en el Batallón de Infantería de Marina N°3 (BIM 3), donde hoy funcionan las Facultades de Humanidades y de Psicología de la UNLP. Luego los pasaron a una camioneta que se dirigió a un lugar donde se escuchaba el tren, una casona con un galpón. Querían saber quién había puesto la bomba en la Fragata Santísima Trinidad, antes de liberarlo le dijeron *“... en este mundo tiene que derramarse mucha sangre para que haya paz, ahora te vamos a soltar, vos no viste nada”*, y lo liberaron en City Bell. Diversas versiones confirmaron que el secuestro de los seis trabajadores fue parte de un operativo de la Armada conocido como “5x1”, en revancha por el asesinato del jefe de seguridad del ARS, el capitán de Corbeta Jorge Bigliardi, cometido el 13 de junio del 76 por un comando Montonero. Las mismas versiones concordaron en que Juan Becker sobrevivió al secuestro por haber estado en sexto lugar en la línea de ejecución.

El día del velorio sus familiares, compañeros de trabajo y amigos miraban con preocupación la presencia de gente desconocida en la casa de la calle Trieste, todos sospechaban que eran agentes de inteligencia que estaban para marcar a los presentes. Una llamada anónima a lo de un vecino, profiriendo insultos, y amenazando con poner una bomba “para terminar con esos zurdos”, alarmó a los concurrentes que comenzaron a retirarse. Mientras tanto *el Turco* Salum, sin poder asistir al velorio y con el corazón destrozado, miraba desde la ventana de su casa, pasar el cortejo fúnebre rumbo al cementerio local, sin decirle a nadie, al otro día comenzaría su exilio interno. Se fue de Berisso.

Silvina sólo pudo compartir 15 días con su papá *“... hay muchas cosas que desconozco de su vida pero bueno, es lo que pasa por no haber sido contemporánea, mi mamá rescataba que le gustaba ir a pescar, amaba pescar amaba eso, era su locura, cada vez que podía se iba a Palo Blanco. Le gustaba viajar con los amigos, con Carlos Barraza, con Hugo Novillo el tío de mi amiga Jorgelina Salinas, viajaron por todos lados. En una caja de madera, un cofrecito viejo que era suyo, tengo diapositivas, fotos, cosas de cuando trabajaba en Motos Carli, algunas identificaciones del Astillero y un escudito de Boca. Era fanático de Boca, le gustaba ir*

a la Bombonera con mi vieja. Hace un tiempo me junté con sus amigos. Esa noche el Turco Salum preparó fatay. Mi mamá hacía fatay que a mi viejo le gustaba mucho. Siempre voy encontrando anécdotas. El Turco era del barrio, trabajaban juntos, se tuvo que ir después de lo que pasó, en esa época caían como moscas, en fin, es la vida que les tocó. Me contó que era muy sociable, que se juntaban con su hermano y los tres iban a jugar a las bochas al 'Ital Club' o al Club Villa Banco Constructor. Mi papá tenía una gran biblioteca, leí muchos de sus libros, en vez de buscar en Google usaba las enciclopedias que dejó, fue una manera de acercarme y encontrarme con él. Su lucha me enseñó que los trabajadores tenemos que organizarnos, construir las herramientas necesarias para cambiar las condiciones sociales, culturales y políticas del país, que hay que participar, que hay que militar”.

Diego tenía 28 años, era querido en el barrio, lo querían sus amigos, tenía sueños, proyectos, una compañera maravillosa y dos hijas. El tiempo que en ocasiones impone el olvido, en estas circunstancias no puede, nos exige que sigamos reclamando Justicia. Su ausencia obliga a recordar que una tarde llegó a su casa vistiendo el uniforme de granadero. Uniforme vergonzosamente mancillado por los que fueron a buscarlo. Militares genocidas, que cómo dijo Eduardo Galeano “*cuyas atrocidades hubieran provocado a Hitler un incurable complejo de inferioridad*”. Militares que olvidaron la máxima del general San Martín cuando escribió: “*La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes*”.

Aquello no dicho

A Diego Arias

*En los héroes la palabra es un exilio.
Olvidamos el color de sus miradas,
el olor de la ausencia,
la presencia del muerto en primavera,
las huellas en la tierra húmeda,
el sitio donde el recuerdo se nos sube en puntas de pie.*

*Más aquí, en el lugar destinado a los labios, lo bello se suicida
y abre cerrojos sobre el papel para recrear la inmortalidad.*

Ángela Gentile